

Capítulo 3: Los días prestados

El tercer día amaneció nublado. El cielo gris parecía flotar bajo, como si la ciudad estuviera atrapada en una pausa. Mateo bajó al lobby a las 8:50. Emi ya estaba ahí, revisando algo en su carpeta, con un paraguas cerrado recostado en su silla.

—Buenos días —dijo ella sin levantar la vista.

—Buenos días —respondió él, ya con más naturalidad.

—Hoy cambiaremos el plan. No sé si quieres hacer un viaje un poco más largo... pensé en Kamakura.

—¿Dónde queda eso?

—A una hora más o menos, cerca del mar. Hay templos, senderos tranquilos y un gran buda de bronce. Si quieres algo más silencioso... creo que te va a gustar.

Mateo asintió. Ya no preguntaba tanto. Con ella, confiaba. No por rutina, sino porque Emi nunca parecía tener prisa ni intenciones ocultas. Solo ofrecía momentos, como si supiera que los días eran prestados.

El tren salió puntual. Ella iba sentada junto a la ventana, él del lado del pasillo. No hablaban mucho, pero había un tipo de compañía que ya no necesitaba palabras. A ratos, ella señalaba algo por la ventana: una colina, un templo en lo alto, árboles floreciendo apenas.

—¿Vienes seguido allá? —preguntó él de pronto.

—No. Siempre lo dejo para momentos especiales... o para personas que lo necesitan.

Mateo la miró de lado, sin decir nada.

La ciudad costera los recibió con brisa salada y árboles moviéndose con lentitud. Caminaban entre calles estrechas, algunas con faroles antiguos. Al llegar al templo del Gran Buda, se quedaron unos minutos en silencio. La figura imponente, rodeada de naturaleza y turistas calmados, imponía algo que no sabían nombrar.

—¿Crees en algo? —preguntó ella de pronto.

—Ya no —respondió él, sin pensarlo.

—¿Y antes?

—No estoy seguro... creo que creía en las personas. En el futuro. En lo que uno construye con otro. Ella no respondió enseguida.

—A veces... creer también cansa.

Se sentaron bajo un árbol. Emi sacó una botella de té frío y la ofreció. Mateo aceptó, dio un trago y dejó que el viento hiciera lo suyo.

—Yo también estuve con alguien —dijo ella, de repente—. Cinco años. Iba a casarme.

Él no dijo nada. No por frialdad, sino por respeto.

—Él se fue a Estados Unidos. Dijo que era temporal. Pero se quedó allá... y allá empezó otra vida sin mí.

—¿Te avisó?

—Sí. Una llamada. Cortés. Sincera. Cruel.

—Lo siento —dijo él, y lo dijo de verdad.

Ella solo sonrió con tristeza.

—Desde entonces, no viajo. Me quedo aquí. Recibo a otros. Escucho a otros. Me volví buena acompañando sin quedarme.

Mateo sintió un nudo en el estómago. No por ella. Por sí mismo. Por lo parecidos que eran, a pesar de venir de mundos tan distintos.

Caminaron el resto del día por senderos menos concurridos. Había silencio, árboles, y momentos que parecían no tener fecha. Tomaron fotos, no muchas. Él no pidió ninguna de ella, ni ella de él. Como si entendieran que hay recuerdos que es mejor no congelar.

Antes de volver, se detuvieron en una playa pequeña. El mar estaba gris, quieto. Emi se quitó los zapatos y caminó por la orilla. Mateo la observaba desde atrás, con esa mezcla de paz y miedo que da el saber que algo bueno no va a durar.

—Gracias por esto —dijo él cuando se pusieron de nuevo en marcha.

—No me agradezcas —respondió—. También es para mí.

El tren de regreso fue más callado que el de ida. Ella apoyó la cabeza contra la ventana. Mateo pensó que dormía, pero entonces la escuchó decir, en voz apenas audible:

—Ojalá el tiempo supiera cuándo detenerse.

No respondió. Solo la miró. Y por primera vez, deseó quedarse.